LA ACCIÓN OBRERA

PORTE PAGO — PERIÓDICO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO — PORTE PAGO

AÑO X — NÚMERO 351 — APARECE LOS SÁBADOS — SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Buenos Aires, 24 de Octubre de 1914 — DIRECCION: ALSINA 2880, Dpto. 18

República Argentina..... $ 0.50 m/n
Exterior ..... $ 0.25 oro

EL SIGNIFICADO DE LA UNIDAD

El viejo y enojoso pleito de la división proletaria — lo hemos dicho ya — ha terminado felizmente. El movimiento sindical entra con ese acto en una nueva era; la fecha de la desaparición divisionista es algo así como la conquista de una nueva y ventajosa posición que hará posible una más intensa y eficaz actividad conquistadora, a la vez que constituye una manifestación clara y nítida del alto grado de conciencia de clase. Si el aforismo del templo de Delfos — conócete a ti mismo — es un principio de sabiduría, nunca él es tan claro y evidente como en su aplicación a las clases sociales. Una clase o grupo que desconozca su fuerza y su condición, no puede aspirar al dominio del mundo, que sólo se adquiere en virtud de una superior capacidad práctica, de una labor perseverante. Un proletariado ignorante y débil — como lo supone la división — no puede desplegar ninguna actividad fecunda y transformadora.

El desconocimiento de su fuerza significa la renuncia a toda actividad. Porque si es verdad que se habla de misión histórica, no hay que olvidar que con esas expresiones se designa la actividad o historia de cada grupo o persona. La misión histórica solo tiene significación y contenido en sentido retrospectivo, aun cuando por vicio de lenguaje empleamos esos términos en sentido futurístico.

La misión histórica de una clase no es otra cosa que la historia o la vida de la misma. Y si el proletariado no se organiza y lucha, si no despliega una actividad, si no plasma el mundo de conformidad a su situación e ideas, si no crea nada, él no tendrá misión porque carecerá de historia. Así como nadie hace biografía o historia de los abortos — ya que historia es actividad y la actividad es vida — tampoco habría misión revolucionaria puesto que no otra cosa puede ser la misión histórica de los trabajadores, si éstos no se organizan y disputan a los señores, que hoy los subyugan, el dominio del mundo.

Si la misión histórica de un individuo comienza desde que nace, la misión revolucionaria de una clase comienza, también con su nacimiento, esto es, desde el instante que se constituye en clase, o sea desde que se organiza.

De este punto de vista es como puede comprenderse el grandioso significado de la unidad proletaria. Y los revolucionarios que juzgan de otros puntos de vista que no sea el fundamental, no pueden menos que incurrir en graves errores, como lo comprueba su absoluta incomprensión de los futuros destinos proletarios tan estrechamente vinculados a su unidad material y moral.

La unidad es la salud y la fuerza de los trabajadores, y no nos explicamos el recelo que se manifiesta en algunos, que, siendo continuadores del pensamiento marxista, debieran saber que el progreso social, hoy por hoy, es el resultado de la lucha de clases.

Y si a esta incoherencia teórica se le acompaña una incongrua y negativa práctica, el error teórico se convierte en una traición de los intereses proletarios.

Porque, si se concibe que la emancipación proletaria es el resultado de la creciente capacidad obrera, es obvio que ésta no podrá alcanzar su grado superior de fuerza sino en virtud de una progresiva concentración de sus fuerzas y una mayor unidad de propósitos.

Nada más infantil, entonces, que pretender justificar una actitud de aislamiento en cuestiones secundarias o circunstanciales. Aquí, como en todos los problemas, lo fundamental no debe ser sacrificado a lo accesorio.

De otro modo se carecerá de lógica y de sentido práctico.

LOS IDEALES Y SU SACERDOCIO

Ninguna cosa ha sido nunca más calumniada, por toda laya de intelectuales, que el materialismo, y especialmente cuando se aplica como método de investigación; y sus detractores pueden tener su vanidad satisfecha, habiendo realmente logrado que esa tendencia del conocimiento claro a explicar el devenir por los fenómenos de su substancia puramente material, sea hoy para todos los superficiales un sinónimo de grosería. Y hasta tal grado lo superficial es victorioso, que las mismas inteligencias distinguidas por su colocación en el punto de mira materialista, y que accionan en consecuencia guiándose por los hechos duros y aleccionadores de la realidad, sienten el pudor de la desnudez de sus propias impulsiones y se creen obligadas a cubrirlas con un velo de vaporosa y rosada idealidad, como quien deposita las flores funerarias sobre un ataúd.

Si esto pasa en los ámbitos de la investigación científica, adonde todos los ávidos de saber tienden sus miradas, es fácil hacerse cargo de lo que pasará en la masa de la clase trabajadora, privada de instrucción exacta; hostigada por las privaciones a un trabajo aniquilador, que no lo saca de ellas; flagelada por los malos físicos originados por una condición ambiente adversa a la salud; y todo ello en el acorralamiento de una forma social que no deja respiro a una esperanza de inmediata liberación.

En estas condiciones ella es un receptor apropiado para todo género de teorías que le cuenten en su miseria un venturoso porvenir; y sobre un sedimento milenario de burda moral y de idealidades sin fin en que está anonadado su espíritu, arraigan otras nuevas y se desarrollan lujuriosas de la simiente que allí van arrojando continuamente los *exaltados* del ideal. Para éstos resulta así fácil tarea inducir a las masas sometidas al trabajo esclavo a creer que lo real y material es su miseria, su lamentable existencia; que el mundo material es el dolor; y lanzarlos en alas de la idealidad que eleva y hace olvidar, como el mísero que ahoga sus penas en una botella de alcohol.

Sin embargo, si tuvieran voluntad de análisis menos indolente, y no a su propia siembra observaran, sino a sus sembradores de ideal, ¡cuánta materialidad en ellos encontrarían triunfante! Cómo los verían, si abieran los ojos, en su mezquina realidad de cínicos traficantes de ideales en busca de pitanza lograda sin esfuerzo; materialistas vergonzantes que quisieran cubrir con el velo de Maia hasta el w. c. en que defecan!

Nuestra fatalidad, la de los trabajadores, consiste precisamente en la profusión de esos seres elegidos cuyo corazón sangra perennemente ante el infortunio de sus prójimos, y se sienten predestinados a consagrar su existencia al amor y a la justicia de los desgraciados... cuya desgracia proviene precisamente de elaborar con sus manos la riqueza e inundar con ella a los compasivos y a los justos.

Convenimos en que no siempre fué así; hubo tiempo en que esto se lograba por el hierro y por el fuego. El cambio de procedimiento es una historia asaz larga y conocida; mas lo que no se conoce bien es si era peor para la víctima el antiguo o el nuevo procedimiento: si ha habido un progreso, y si él fué en favor de la víctima o del victimario.

Sea ello como quiera, lo que interesa es la observación de la conducta de aquellos que hoy tremolan banderas de ideales fincados en sentimientos altruistas y constatar que donde quiera que ellos aparezcan, esos sentimientos no son más que una clásica sotana con la cual se cubre un parasitismo. ¿Quién, hoy, del inmenso número de los que viven de nuestro trabajo y su inherente esclavitud, no se conduele de nuestra condición? Ello no obsta, sin embargo, para que desee que ella sea perdurable. Pero si hay quienes dicen desear lo contrario, y viven de ella, ¿cómo es posible creerles? Y aun admitiéndolo, es evidente qué éstos no se refieren a su situación personal, la que tienden a sostener y hacer prosperar.

Este género de idealistas del altruismo se descompone en muy variadas especies que no vamos a clasificar, bastándonos por ahora tender una línea divisoria, en lo moral, que aparte a los hombres cuya vida depende de la materialidad penosa de su trabajo eficiente para la riqueza social, de aquellos que, para usufructuarla sin contribución, cultivan su inteligencia en el arte de auscultar el grado de ignorancia de los primeros y la evolución de sus prejuicios, para ir sorteando ideales que den a una existencia suave el brillo de los honores y del desinterés.

Suele decirse que los elementos que constituyen las diferentes clases sociales son numerosos y en extremo complejos, haciendo difícil sino imposible, establecer con nitidez las fronteras de unas y otros; pero nosotros sabemos que esto no pasa de un chicaneo de intelectuales por el interés que tienen de no ser clasificados, y nos atenemos puramente a la clasificación de Marx al dividir la sociedad en los dos grandes grupos clásicos de clase burguesa o capitalista y clase obrera o productora; todas las demás distinciones que puedan hacerse de diversos núcleos sociales, ellas tienen que ser necesariamente integraciones de una de aquellas dos clases, cuyos cometidos arbitrarios son: para una, producir riqueza y efectuar su intercambio; y para la otra, organizar su apropiación y consumirla.

Si ahora se considera que la primera está compuesta por la inmensa mayoría de los hombres y la otra por una minoría reducida de la sociedad, surge evidente que si este estado de cosas subsiste es sólo por la aquiescencia de la primera, pues si en cualquier momento se decidiera a ello, podría dar rápida cuenta de la segunda.

Pero una decisión de esta naturaleza, que materialmente sería de fácil practicabilidad para un proletariado capacitado y disciplinado en un espíritu de clase, la hace imposible, no precisamente su escasa cultura intelectual, sino el abigarramiento de su moralidad. Y este estado moral, no es un producto del acaso, sino el de una voluntad tenaz y perseverante en obtener ese resultado.

La clase obrera está sometida, desde el niño qu surge a la penosa vida hasta el adulto que reventado baja a la fosa, a una desviación sistemática de su inteligencia y a un contralor de sus pasiones. Se teme al peligro en que la clase dominante quedaría colocada si al proletariado se le facilitara la formación de un criterio propio emanado puramente de su vida en constante contacto con el mundo material.

Para esta labor de torción espiritual se vale la burguesía de esas categorías de individuos cuya profesión a través de la historia ha sido la de forjar e inculcar a sus semejantes dogmas, ideales y doctrinas. Estos seres, que nosotros juzgamos como tipo de la degeneración moral, verdaderos *cafteens* de la especie humana, se hallan profusamente esparcidos por todas las capas sociales donde la falta de asepsia espiritual dé asidero a su vida parasitaria.

Sin ellos, la clase capitalista no podría subsistir. Puede decirse en verdad que la sociedad actual les pertenece en usufructo. En sus manos está la religión, la enseñanza y la política. Cuentan en su haber toda la policromía del idealismo, desde el dogma más vetusto y anacrónico hasta la doctrina más seductora y revolucionaria. Tienen siempre a la mano ideales para todos los gustos y para todas las tendencias humanas, peritos como son en la falsificación de todo pensamiento colectivo.

Ante este inmenso mal, cuya etiología sólo apuntamos, ¿qué remedio ha de adoptar la clase obrera, víctima propicia de semejante morbo secular? No hay trepidación en nosotros al aseverar que, como para la salud física, también para la moral, el más eficaz preservativo es la higiene. Limpieza absoluta del espíritu; ninguna vacilación en desterrar de él todo género de ideales.

Al emitir este juicio, tenemos clara conciencia del violento choque que fatalmente está destinado a producir sobre el vetusto estado moral de la clase trabajadora, que generalmente sustenta el error — bandera hasta hoy victoriosa de todas las castas parasitarias, — de que la orientación por los ideales modifica las condiciones materiales de la existencia. Nada más falso, sin embargo. Un examen somero, pero libre enteramente de pensamientos hechos, certifica que la verdad se establece con la inversión de esos factores.

Cualesquiera sean los ideales que hoy se sustenten, ellos no tienen ni lejanamente la importancia que en la historia han tenido las religiones — el cristianismo, por ejemplo, en su faz más humana, — no obstante ellas han modificado tanto la materialidad del devenir, hacia el rumbo directriz de sus ideales, como una veleta modifica la dirección del viento.

Siempre será saludable la sospecha de que los ideales proselíticos y tendenciosos son meras ramificaciones religiosas; sin dejarnos engañar la exterioridad que algunos presentan opuesta a todo sentido religioso. El viejo tronco se resiste a la muerte y retoña del modo más variado.

"En general — escribe Marx — la reproducción religiosa del mundo real no puede desaparecer sino cuando las condiciones de la vida práctica presenten, día por día, a los hombres relaciones racionales y transparentes, de ellos entre sí y la naturaleza." Estas relaciones son las que los trabajadores debemos establecer ajenos a todo preconcepto ideal que no sea inspirado en su bienestar material inmediato, y habremos trocado así el ideal por la experiencia, que es el venero de todo saber y de todo ascenso. Y no debe confundirse sabiduría con idealidad; aquélla es la síntesis del conocimiento emanado de acciones ejercitadas, ésta una simple exteriorización morbosa del espíritu.

Si hoy la clase obrera sabe vivir sin Dios, ha de saber un día vivir sin ideales, y a través de esta vida transparente, verá que así como aquél es el caldo apropiado para el parasitismo de un vicio sacerdocio, los ideales que hoy se ostentan lo son de un sacerdocio nuevo, que surge con las mismas propiedades del anterior, de saberse interponer entre la clase productora y la que directamente usufructa la producción.

Sergio Sonia.

La muerte del héroe

El teniente general Julio A. Roca, personalidad intluyente durante muchos años en la política del país, y jefe del gobierno por dos períodos, ha dejado de existir inesperadamente.

El hombre que en vida fué tan atacado por sus adversarios políticos, en la muerte ha logrado plegar los labios de éstos y hacer que en las extensas e inacabables biografías su figura aparezca con esplendores de grandiosidad insospechadas.

Se ofrece en ellas la rápida ascensión en todos los aspectos de la actividad del extinto, y se advierte que se verifica con una admirable facilidad. Como político y militar va ocupando rápidamente y en forma progresiva los más altos puestos. Lo segundo facilita a lo primero, y unas cuantas escaramuzas militares, que llevan el pomposo nombre de batallas, libradas en el país contra adversarios políticos alzados en armas, le dan renombre y fuerza para ambicionar con posibilidades de éxito y lograrlo por fin el puesto de primer mandatario.

En su obra figura como un timbre de honor la famosa conquista del desierto, que en lenguaje verídico significa el despojo de las tierras a sus primitivos poseores y su adjudicación escandalosa a los paniaguados del régimen político que instauró firmemente el extinto general.

Julio A. Roca, aparece como el intérprete de la burguesía que se desarrolla en la mitad del siglo pasado, esa burguesía caudillista de hacendado y político preparador de huestes electorales y bandoleros, cuyo afán único consistía en ensanchar sus dominios sobre las zonas de influencia ferroviaria, enriqueciéndose así fabulosamente, sin esfuerzo alguno, por simple utilización de su influjo político y del conocimiento previo de las futuras líneas férreas cuyas concesiones siempre tramitaron.

El proletariado, que a su segunda presidencia había ya surgido a la vida de clase, tiene oportunidad de recibir las primeras caricias de los representantes políticos de la burguesía.

Recordamos que bajo la segunda presidencia de Roca, en 1902, se sancionó la ley de residencia y el primer estado de sitio contra el movimiento obrero.

El célebre "conquistador" y eminente político supo cumplir durante toda su vida con la misión que le incumbía como miembro principal de la clase dominante en su doble aspecto militar y gubernativo: supo sostener en todos los momentos y circunstancias sus especiales intereses aun violando los más rudimentales preceptos de la constitución del país y los principios de la más elemental justicia. Fué un hombre a quien no impresionaron el número de las víctimas ni la intensidad de los horrores de la guerra, con tal de ver cumplidos sus propósitos de ambición y de predominio.

El país, no obstante su desaparición, vivirá largo tiempo bajo la influencia de su sistema político, del cual es un reflejo patente la actual presidencia y el contubernio de los gobernadores de provincia.

Muere, pues, rodeado de glorias, sepultando odios, y vinculando en el homenaje póstumo, indigno y cobarde, a todos los núcleos políticos que tratan de ver en sus éxitos envidiables un modelo de buena fortuna y de audacia, digno de ser imitado.

Sólo el proletariado revolucionario se conserva alejado e indiferente, talvez, ante el desconcertante espectáculo de cómo se crean las glorias de una nacionalidad y de cuán falaces son las opiniones en los políticos de toda índole, cuyo real interés no es otro por lo visto, que el de contribuir a la erección de todo lo que signifique el éxito y la fortuna.

Fantasma Desvanecido

Una vez más la incontestable lógica de los hechos, viene a poner un base sillar a las deducciones teóricas por los que los sindicalistas habíamos levantado ha tiempo, ante la organización característica del proletariado alemán, nuestra enorme sospecha sobre su eficacia. Ella ha sido corroborada hasta un límite al que no nos hubiéramos atrevido a llevarla, como es al papel que tomó de agente activo de la guerra que el kaiserismo declaró a todo el mundo opuesto a sus apetitos de dominación. La portentosa Democracia Social Alemana ha enviado, también ella, sus diplomáticos ante las naciones neutrales para indlinarlas al partido de su emperador.

El velo ha sido descorrido, y quienes por todo el mundo agotaron el ditirambo al presentar a aquélla como ejemplo y modelo que los proletariados de todos los países debían necesariamente seguir, se evidencian como miserables farsantes, ya que no puede concebirse inconsciencia de esta magnitud en hombres que a todos vientos proclaman su propio talento y la profundidad de sus miras. Dos días antes de producirse la invación alemana a Bélgica, en este país gritaba Jaurés sus dudas sobre el intento, pues habían dos millones y medios de obreros alemanes organizados, y casi cinco milloqes de votantes socialistas que la impedirían. La muerte le evitó el sinsabor de ver a los delegados de esos millones de organizados mendigar por Europa una opinión favorable para su incalificable conducta, en el momento preciso en que sienten que los azares de la guerra comienzan a ser adversos a los amos del imperio.

No en valde tenía Jaurés y tenían todos los socialistas burocráticos un miedo pavoroso por la guerra. En ella preveían el vendabal que, arrancando las bambalinas de su teatro político, pusiera en descubierto la máquina de los farsantes.

Desde hoy el modelo de organización, en cuyas formas pretendía la democracia socialista extraalemana sujetar al proletariado, no existe más, se ha desvanecido en un disloque macabro como una visión de delirio: y no porque una fuerza mayor la barriera con empuje irresistible, sino de un modo natural, cumpliendo sus fines históricos. Creación monstruosa de una conciencia colectiva retardataria, bajo la dirección omnímoda de una nueva casta burocrática, no podía ser inducida la masa a una acción extraña a la naturaleza parasitaria de sus dirigentes. La situación privilegiada de éstos no se sostiene sin el beneplácito del poder militar del kaiserismo; su vida depende de la de éste, pues la inconsciencia del electorado que explota no está preparada para otros extremos. Para subsistir, la burocracia socialista alemana ha de estar adherida al poder, tanto en la paz como en la guerra.

Transcendental lección es ésta para esa parte del proletariado que aún no tiene la voluntad de independizarse de una dirección moral ajena a su naturaleza de clase obrera. Dependencia que proviene del arraigado prejuicio en los obreros de considerar a su propia clase como a un menor de edad, cuya irreflexión autoriza a que sus intereses sean ventilados y defendidos por individuos especiales, sin percatarse que de esta manera los intereses obreros son administrados, verdaderamente, "como bienes de menores".

La corrección de este criterio, que por el ejemplo expuesto, pudiera ser considerado de escasa importancia, significaría, sin embargo una revolución en el espíritu de una gran parte del proletariado, sin el cual no es posible llevar a buen camino su emancipación económica.

No sería una simple modificación de procedimiento, sino la revelación, un vislumbre preñado de esperanzas, que pondría ante sus ojos el hilo conductor a hacer uso del enorme caudal de energía constructiva que tiene en potencia la clase obrera. Desgraciadas de las naciones que como los individuos no tienen fe en sí mismas, escribió Sarmiento en un relámpago de lucidez; cuan verdad es esto transportado a la clase obrera es una convicción que hoy sólo los sindicalistas tenemos profundamente arraigada. Vanos serán todos los esfuerzos que se hagan para llegar a un plano superior de bienestar si no es recurriendo a sus propios medios únicamente; medios que se revelaron poderosos siempre que se usaron y que a ellos sólo se deben los progresos conseguidos.

Nosotros, ni para nuestros propios congéneres de clase queremos ser doctrinarios, y no son prédicas las que hacemos, sino simples exposiciones de hechos y el modo como ellos hieren nuestro espíritu, que está conformado a una conciencia extricta de clase. Esta conciencia nos hace invulnerables a todas las asechanzas, y sabemos que no son las más temibles las de nuestros enemigos declarados, sino las de quienes se nos acercan de afluera tendiéndonos su mano de conmiseración y patrocinio.

Esta nuestra conducta cautelosa para con esas gentes que acuden donde no se les llama, no ha dado nunca el menor lugar a que los hechos nos desmintieran, y hoy tenemos ocasión nuevamente de evidenciar, señalando los acontecimientos, la enorme desviación que sufre todo proletariado que desentendiéndose de practicar las disciplinas propias de su naturaleza de trabajadores y señalarse por sí mismo sus propios rumbos, se abandona a la dirección, sumisa o no, de gentes que viven otras condiciones materiales y que, por consiguiente, poseen otra moral distinta que los conduce a fines que no son ni remotamente los de la clase trabajadora.

El proletariado alemán, el ejemplo más fehaciente en este juicio, pagará caro, y lo pagaremos todos, si de él no tomamos provechosa lección, el gran error de poner la orientacin sindical bajo la férula de una casta político-parasitaria. Hoy nos toca devolver el ejemplo con que ésta misma aquí tantas veces nos fastidiara.

En los anales de este momento histó-

rico se consignará la aberración de una organización de trabajadores revolucionarios, que ofreció la paradoja de haberse desarrollado conjuntamente con el mayor poder militar conocido, y con el cual se lanza a una guerra de conquista del mismo género que las de Tamerlán.

Ayax.

EL MITIN DE LA FEDERACION LOCAL

Todo un éxito resultó el mitin que la F. O. L. B. realizó el domingo 11, como acto de protesta contra la desocupación y la carestía de la vida, y más que todo, con el fin de propaganda obrera.

La plaza Constitución, punto donde debía formarse la columna general una vez llegadas las columnas parciales que se formaron en Barracas, Parque Patricios, Belgrano y Once, poco antes de la hora fijada, agrupaba un numeroso público proletario a la espera de la formación de la columna de manifestantes.

Concentradas todas ellas, pocos minutos después de la hora designada, la manifestación que se extendió por la calle Garay varias cuadras, inició su desfile, cerrada, como era de presumir en estos actos, por una numerosa *escolta* de cosacos que la acompañó hasta el último momento,... hasta que se disolvió después de los discursos pronunciados...

El entusiasmo de los manifestantes, que se mantuvo durante todo el trayecto, era exteriorizado con los sonoros cantos revolucionarios, con vivas repetidos a la organización, y a la unidad proletaria, cuya reciente sanción, daba a los rostros de los manifestantes una expresión de alegría.

Esto último, se advertía con la presencia de los trabajadores pertenecientes a las diversas fracciones del proletariado. Sancionaban así, en forma pública, la acertada resolución del reciente congreso de concentración obrera.

Durante el recorrido, que se hizo por las calles Garay, Defensa, Patricios, Olavarría y Almirante Brown, hasta la plaza Sengiel, pudo manifestarse una nota emocionante y atractiva. Se trataba de la profunda simpatía con que los aspectadores obreros colocados en las aceras y balcones de las calles, presenciaban el desfile de los manifestantes. Los aplausos y vítores a la causa del trabajo, que sólo el proletariado en su cruzada anticapitalista viene realizando a través de un heroico esfuerzo, eran repetidos insistentemente, y cuanto más en las calles de la Boca se internaba la manifestación.

Y no podía ser de otro modo. Las calles por donde desfilaba esta manifestación proletaria, no eran las aristocráticas y burlonas del centro. Eran las de los *arrabales*, donde vive el proletariado que ha sabido hacer de sus barrios escenario de emocionantes y trágicas luchas obreras. Era la Boca, eminentemente proletaria y combativa.

Así, en el lugar elegido, no podía de ninguna manera considerarse a la manifestación como el paseo de los miserables ante los ojos de los ahítos de riquezas y bienestar, siempre ocioso para quienes entendemos que la clase obrera no debe dar al enemigo ese espectáculo poco halagüeño con procedimientos tan inofensivos.

Era entre los de su clase, como si se tratara de despertarlos nuevamente a la vida combativa — ya que se hallan entregados a un sueño cuyo supuestos momentáneo — donde vibraba la palabra de rebelión lanzada por miles de pechos proletarios.

Terminado el largo recorrido, y congregada la manifestación alrededor de la improvisada tribuna levantada en el medio de la plaza, los oradores designados: Pellegrini, Marotta, Pacheco, Giribaldi, López y Mansilla, dirigieron la palabra entre los aplausos y aprobación unánime de los manifestantes.

LA GUERRA QUE SE AVECINA

Inglaterra y Alemania se preconfían; ellas están resueltas a la guerra, para la que se preparan febrilmente.

Algún trabajador francés no faltará que diga: ¿Y a mí qué puede importarme eso?

Podríase contestarle:

—No creas que no tengamos nada que ver y que debamos contemplar, las manos en los bolsillos, los preparativos de los gobiernos alemán e inglés, pues Francia no puede hallarse fuera del juego.

Así es, en efecto. Los dos adversarios maniobran para asegurarse su concurso e interesarla en la danza. Inglaterra necesita del ejército francés; Alemania de su dinero.

Alemania tiene necesidad del dinero francés. — Desde 1870, la industria alemana se ha desarrollado maravillosamente. Nación agrícola hace cuarenta años, es hoy un país industrial de primer orden. Pero para llegar a ello le ha sido necesario emplear en sus fábricas todo el capital de que disponía.

Ella ha nacido recientemente a la gran vida industrial en el deseo de constituir grandes reservas de oro en tanto que Inglaterra,—que tiene tras sí dos siglos de actividad,—las poseía ya en abundancia. Francia igualmente, cuya alcancía es legendaria.

La posibilidad de una guerra supone la posesión de grandes recursos en oro. Supongamos, pues, que la guerra estalle. Las guerras cuestan hoy en día muy caro. La ruso-japonesa, por ejemplo, costó a Rusia, diez millones por día, o sea cerca de cinco mil millones en diez y ocho meses.

Será necesario a Alemania contraer empréstitos enormes. ¿En qué cantidad? Cinco, diez mil millones, talvez. Ella carece de oro; todas sus reservas se hallan comprometidas en su industria y su comercio. Si ella las desplaza, las acciones de sus sociedades industriales bajarán considerablemente, la tasa del descuento se alzará, y la operación provocará quiebras, ocasionará ruinas.

Para evitar estas temibles eventualidades, Alemania se ve forzada, como lo fué Rusia y Japón en 1905, a contraer empréstitos en el exterior. Pero aquí surge una pregunta: ¿dónde podrá emitir sus empréstitos?

No en Londres, que es su enemiga; ni en Viena que carece de capitales propios y contrae empréstitos externos; ni tampoco en Rusia, a quien se trata de favorecer en Francia con un empréstito disimulado de dos mil millones? ¿En Nuevo York? Es poco probable, pues la influencia inglesa trataría de molestar esa operación.

Un solo mercado queda abierto a Alemania: ¡el de Francia! ¡Que Francia acceda a inscribir los fondos alemanes en el mercado de valores de París, y ahí estará su salvación!

Ya en 1901 una crisis muy grave puso a Alemania al borde de la quiebra industrial. Ella fué conjurada por los bancos franceses que le adelantaron a un alto interés 1.200 millones.

En realidad, los financistas franceses ya le prestan, pero es bueno saber cómo: Cuando Alemania tiene necesita de oro, deposita en el Crédit Lyonnais títulos de sus empresas. De acuerdo con la importancia del pedido, el Crédit Lyonnais les remite 50, 100, 150 y a veces 200 millones de francos en oro, mediante un interés de 6 por ciento. Estas sumas son adelantadas por 1, 3 o 6 meses, y son renovables, aunque el Crédit Lyonnais puede exigir el reembolso al vencimiento.

En el lenguaje financiero se llama a esto poner los títulos "en pensión".

En la fecha de la conferencia de Algeciras, los financistas franceses descontentos de la conducta de Alemania, y para vengarse, retiraron los capitales que tenían en "pensión" en el mercado de Berlín, provocando grandes molestias a las finanzas alemanas.

En los últimos tiempos, hemos visto efectuar la misma maniobra con motivo del empréstito turco.

Francia, obedeciendo a la inspiración de la política inglesa, quería desligar a Turquía de Alemania. Perdida toda esperanza de obtener éxito, y en conocimiento de que una combinación bancaria austro-alemana concedía a los turcos el empréstito de 250 millones, se dispuso el traslado de los capitales franceses a Inglaterra, determinando una fuerte tensión monetaria en Berlín, al mismo tiempo que la situación monetaria se mejoraba en Londres.

Ciertamente que la prensa no explicaba así al público francés este asunto. Ella decía que si los financistas franceses, después de haber prestado más de 2.000 millones de francos a Turquía, rehusaban darle otros 150 millones, era porque no quería dar las garantías necesarias.

¿Cuáles eran estas garantías? Garantías financieras. Pero el Crédit Mobilier que, en agosto 8 de 1910, había firmado con Djavid-Bey, ministro de hacienda de Turquía, un contrato garantizando este empréstito, las había ofrecido. Sobre ellas dice M. de Lapisse:

"Hemos obtenido una garantía que es la mejor de todas las que pueden tener los empréstitos turcos, y que el gobierno otomano había rehusado empeñosamente hasta hoy: es la garantía de las aduanas de Constantinopla."

Por esto puede verse la falta de sinceridad de la prensa financiera francesa al explicar el fracaso de la operación de 150 millones de francos, pues las garantías no podían ser más sólidas, e inexacto también que el gobierno turco se negara a ofrecerlas.

¿Por qué, entonces, el gobierno francés, se negó a inscribir los títulos del empréstito turco en la cotización oficial? Porque a las cuestiones financieras se han mezclado cuestiones de orden político, que son siempre la de desvincular Turquía de Alemania, sirviendo los intereses comerciales de Inglaterra, a la que perjudica la amistad turco-germana.

¿Qué se desprende de los hechos que hemos expuesto? Dos comprobaciones muy claras: La primera, que Alemania necesita los capitales franceses. La segunda, que la política exterior de Francia está inspirada por Inglaterra.

Inglaterra necesita el ejército francés. —Inglaterra no tiene ejército. Ella quisiera uno. Todos sus estadistas, sus generales, lord Roberts y lord Kitchener, se esfuerzan en convencer a los súbditos británicos de que deben aceptar el servicio militar obligatorio para tener un ejército permanente. Hasta hoy han hallado una oposición absoluta. No sin razón, los trabajadores ingleses objetan que este ejército será usado contra ellos al servicio del patronato.

Pero Francia tiene un ejército permanente que podría servir muy bien los intereses de Inglaterra. ¿En caso de conflicto no podría él prestar un gran apoyo? Esta fué la principal causa de la inteligencia entre ambos países. Y para comprender por qué el ejército francés es tan indispensable para Inglaterra basta examinar lo que puede ser una guerra anglo alemana y en qué lugares pueden encontrarse los dos adversarios.

El objetivo de los ingleses es el de arruinar la concurrencia comercial, hiriendo a la industria alemana. ¿Cómo lograr este objeto? Bloqueando los dos grandes puertos de Alemania: Bremen y Hamburgo, por donde se provee la industria alemana de la materia prima que importa del extranjero.

En cifras redondas, el comercio de Bremen se eleva hoy a más de 4.000 millones de francos, y el de Hamburgo excede de 11.000 millones.

Naturalmente, la guerra está llamada a desarrollarse en el mar. Admitiendo que el bloqueo de los dos grandes puertos alemanes sea bastante estrecho, puede imaginarse la profunda perturbación que se produciría en la industria alemana. Esta se vería de golpe paralizada; el comercio detenido; las fábricas forzadas a clausurar sus puertas, desde que carecen de la materia prima necesaria. Y, por repercusión natural, el gobierno alemán empeñado en dificultades internas, que suscitaría el hambre y la desocupación en la clase trabajadora.

Durante este tiempo, los navíos ingleses operarían en los mares. Perseguirían, capturarían o echarían a pique los buques mercantes alemanes que hallaran en el Atlántico y Mar del Norte.

Esta guerra marítima está ya tan prevista y estudiada, que el tema para las grandes maniobras inglesas desde hace algunos años, ha sido el siguiente: Captura de buques mercantes entre el Atlántico, entre España e Irlanda.

Recordemos aún que en el mismo momento en que el congreso socialista internacional de Copenhague, por proposición de Vandervelde, acordaba la remisión al congreso de Viena de la moción contra la guerra Keir Hardie - Vaillant, otro congreso internacional — interesante por más de un concepto, — tenía lugar en Bruselas. Era éste el de las presas marítimas, del que nos ocuparemos algo.

El congreso de las presas de guerra.— Este congreso reunía a los diplomáticos de todas las naciones. Tratábase de resolver la cuestión del "respeto a la neutralidad comercial en caso de guerra", que era de extrema importancia para Alemania.

En efecto, el día mismo de la declaración de guerra, ¿qué harían los comandantes de los buques mercantes alemanes? Enarbolar el pabellón de las potencias neutrales, a fin de escapar a la persecución de los navíos de guerra ingleses.

He aquí por qué contemplamos en este congreso, a los delegados alemanes insistir tenazmente en el sentido de la supresión del derecho de presas; en tanto que los ingleses, apoyados discretamente por los franceses, se oponen con gran energía a esta supresión. Finalmente los diplomáticos, imitando a los políticos del congreso de Copenhague, prorrogaron la solución de este asunto indefinidamente.

Hablando de esto a un ingeniero inglés de construcciones navales, me manifestaba su opinión de que Alemania jamás obtendría eso de su país, pues ello significaba la pérdida de una gran ventaja en caso de conflicto.

En efecto, la guerra girará en torno de estas agresiones, guerra de corsarios, en la que los beligerante considerarán los paquebotes cargados de mineral, lanas, algodón, como contrabando de guerra, los capturarán o los echarán a pique; siendo éste el objetivo evidente de Inglaterra, es claro que si aceptara la supresión del derecho de presas, ella quebraría el arma más segura que tiene en sus manos.

El litoral belga y los beligerantes. — Alemania no sería bloqueada totalmente si pudiera continuar traficando por Amberes y Rotterdam. Es de notoriedad que en el primero de estos puertos la mayor parte del comercio está en manos de alemanes. Las regiones industriales de Westfalia son alimentadas con productos que se introducen por el puerto de Amberes. Clausurado éste, el estrechamiento de Alemania sería completo.

Hace poco se anunciaba que Holanda proyectaba fortificar su costa desde el Zuiderzee hasta Flessingue. Esto produjo honda emoción en Inglaterra y su prensa manifestóse adversa a esa intención, argumentando que bastaba a Holanda para la defensa de su litoral marítimo con el ejército de que dispone. Y agregaba que la fortaleza de Flessingue podía asemejarse a "una pistola que apuntara su cañón hacia Inglaterra y el hecho de fortificarlo constituía una bofetada inferida a Bélgica", invitando al gobierno holandés a reflexionar "antes de emprender una obra cuyas consecuencias no podían apreciarse".

La gravedad de estas palabras aparece no bien se fija la vista en un mapa y se observa la posición de Flessingue, que parece la de un centinela avanzado en la desembocadura del Escalda. De aquí la importancia que Alemania e Inglaterra adjudican a su fortificación, y que confirma la necesidad indispensable para Alemania de la posición de Amberes.

Guillermo II no dejará obrar libremente a Inglaterra. Sin respeto por el tratado que asegura la inviolabilidad de Bélgica, no vacilará en ocupar con sus tropas el puerto de Amberes. Y para expulsarlo de ahí será menester luego grandes sacrificios por parte de Inglaterra. Sacrificios en tropas terrestres.

Ahora bien: Inglaterra no posee ejército de tierra. No es con reservas de voluntarios mal preparados con los que ella podrá llevar a efecto esta operación militar considerable. He aquí por qué desde Londres se fija la mirada en el ejército francés. Que éste intervenga sobre el Escalda, y la última puerta de Alemania quedará cerrada. ¡Una gran probabilidad de victoria para Inglaterra! ¡La certeza para ella de que la guerra será solamente marítima, es decir, guerra continental!

¿Qué se requiere para decidir a Francia? Persuadirla de que se halla en peligro; de que el derecho de las naciones ha sido hollado. ¡Bélgica invadida por Alemania, significa la violación de las pequeñas nacionalidades! Nuestra prensa patriotera hará el juego declamando que la intervención se impone; ¡la frontera del norte se halla descubierta! Será, pues, necesario marchar.

(*Continuará.*) *A. Merrheim.*

Exitos de la Democracia

El partido socialista está de parabienes. Va afirmando su puesto en la nueva política del país y extendiendo sus posiciones por todos los ámbitos.

Procede en sus triunfos con una rapidez pasmosa. La conciencia política del pueblo que supone para el partido socialista el desarrollo de las *nuevas fuerzas históricas*, — usando su propio lenguaje, — se ha hecho de golpe, y con resultados espléndidos.

Primero en la capital, después en la provincia de Buenos Aires, más tarde en el Chaco, y ahora en Mendoza. Los éxitos del partido socialista se multiplican maravillosamente, con una reproductividad de hongos.

En Mendoza, los socialistas acaban de obtener el triunfo en las elecciones comunales. La municipalidad de Mendoza, de hoy en adelante, es un baluarte del socialismo. Ocho concejales socialistas, contra tres adversarios, constituyen la irresistible mayoría de esta nueva situación "revolucionaria".

Los obreros mendocinos, estarán, lo suponemos, a la hora actual, de parabienes y festejarán junto con los electos el advenimiento al poder comunal de sus pretendidos defensores. Su expectativa se funda naturalmente en la grande obra de mejora que los ediles socialistas han de realizar de seguida, para aliviar la deplorable situación del proletariado de aquella ciudad. Lo suponemos, no habrá ya desocupación; la municipalidad socialista ha de encargarse de proveer de labor a los que carecen de ella. Los salarios dejarán de ser irrisorios y la jornada se encajará en límites humanos y "científicos", por obra de la eficaz acción gubernativa que el cuerpo municipal, en manos de los socialistas, puede lógica y fatalmente, desarrollar con todo éxito y superior facilidad.

La huelga pasará, lo esperamos, a figurar en el catálogo de los procedimientos estériles y arqueológicos. Tal es el riente porvenir que se abre ante los ojos de los felices trabajadores mendocinos, que, en la hora presente, sienten el inefable placer de gobernarse a sí mismos, es decir, por concejales socialistas.

De lamentar, sería, que, como de costumbre, saliéramos al final aseverando que tales beneficios no son asequibles por la eficiente vía del municipio socialista y que lo mejor y más práctico es lo de obtener por la organización obrera todas esas reformas. ¡Ya veremos si nos engañan!

MENDOCINO.

Ante la catástrofe

El estado natural de la humanidad es la guerra, y una vez que usted tiene sobre la cabeza un kepis o un casco puntiagudo, puede perfectamente echar al cesto de los desperdicios todos esos conceptos hueros e inútiles de "derecho", "justicia", "propiedad", "respeto al sexo débil", etc., etc., etc.

Usted en su casa era señor adornado de todas las virtudes domésticas. Burguesamente llegaba a la hora del almuerzo con un paquetito de golosinas para mamá y los chicos; se indignaba si Pedrito tiraba de la cola a Bob y si Paquito pellizcaba a su hermano menor Luis. Le llevaba usted a los niños cuentos morales y procuraba que las niñas no fuesen al teatro sino los miércoles blancos. Se indignaba usted si en el cine "echaban" películas de detectives y criminales, porque eso sugiere malas ideas a la infancia.

Pero llegó la movilización; usted era movilizable; se plantó el uniforme y fué enviado a la línea de fuego.

Todos los aspectos legales y éticos han cambiado. Cuando usted y sus compañeros no tienen manera de tirotear al enemigo, desnudan mujeres y ríen de su sonrojo (claro que se trata de mujeres del otro bando); degüellan niños, apalean ancianos, roban cuanto encuentran al paso; incendian las pobres casas de los labriegos, destruyen ciudades, saquean bancos, fusilan a un infeliz porque pudiera ser espía, y todo esto ante la complaciente sonrisa de sus jefes.

Cuando acabe la campaña le darán a usted una medalla militar y le dispensarán otros honores; tornará usted a su casa rodeado de la admiración de sus prójimos y volverá usted a llevar los domingos paquetitos de golosinas a la señora, a los niños, y a comprar historietas instructivas y morales para los últimos, cuidando de que no vean en el cine espectáculo de astucia o de violencia.

*

¿Y por qué ha ido usted a la guerra? Usted mismo no lo sabe a punto fijo. Una camarilla política o militar se propone despojar a tal o cual país vecino, más débil, de cierta porción de tierra, destruir su comercio, aniquilar su industria y obtener a título de indemnización algunos miles de millones de francos. Es un buen negocio. Para redondearlo se sacrificarán cien o doscientos mil hombres. Cien o doscientas mil mujeres quedarán en la miseria; muchas se prostituirán; muchas se suicidarán por haber llegado al último límite de la resistencia humana; infinitos niños morirán de raquitismo. Varios países se arruinarán definitivamente; otros serán víctimas de la peste y del hambre durante algunos años. Pero diez o doce políticos, diez o doce generales, cuatro o cinco trusts y dos o tres reyes realizarán una operación brillante. Por ellos, vosotros, sabios, artistas, industriales, agricultores, vais a luchar; por ellos habéis abandonado cuanto os era precioso en la vida; por ellos pasaréis torturadoras noches de inquietud, lentos días de sol y de lluvia, y os extenderán después en una improvisada mesa de operaciones para mutilaros, y si tenéis la suerte de volver al hogar inválidos o enfermos, ya habrán huído para siempre de él el bienestar y las sonrisas.

¿Conocéis siquiera al país al cual habéis combatido? ¡No! Acaso en él tenéis más bien uno o dos amigos que han venido al vuestro, de excursión y que de vez en cuando os escriben una postal criolla. Vosotros en el fondo no desdáis mal ninguno a ese país. Vosotros pensáis que la tierra es vasta; que en ella cabemos todos; que eso de las nacionalidades armadas en corso es una idea primitiva y bárbara; que sería mucho más lógico que todos los hombres nos uniéramos apretadamente contra las mil asechanzas de la naturaleza, de lo desconocido, del destino enigmático y enorme. Pero la camarilla de políticos o de militares no lo piensa así. ¡Ay de vosotros si decís que vuestra conciencia os veda matar hermanos sólo porque hablan otro idioma o viven del otro lado del río!... Os arrimarán a una pared y os darán cuatro tiros por ideólogos y sentimentales.

Amado NERVO.

Los sindicalistas y la guerra

En los precisos momentos que el sindicalismo conquistaba su terreno propicio dentro la clase obrera en todos los países de Europa, se ha desencadenado la guerra monstruosa de la civilización capitalista, trastornando la vida internacional del proletariado y haciendo una afirmación de potencia política y económica, por sobre todas las formaciones de estados políticos.

La paz, que daba lugar al engrandecimiento de las fuerzas proletarias, para lanzarse a la guerra de clases, ha interrumpido a ésta con su cesación momentánea su atrevida marcha en la vida combativa que creara nuevos valores para el mundo del trabajo.

El sindicalismo, que no puede tener en su tabla de valores los renunciamientos de la democracia social — esa armonía grotesca de la cual los elementos sociales de un país se vanaglorian — no puede ni debe resucitar con más vigor que nunca la fe patriótica en la civilización de la raza latina en decadencia contra la civilización que en pleno florecimiento se le quiere negar vida por ser de la raza germana.

Bien podría decirse, a este respecto, que todos los lisiados se unen para ir contra el más fuerte.

Para los sindicalistas hay un fenómeno que explicar: en esta guerra por la actitud de varios sindicalistas de allende los mares que la apoyaron, y que hacen ante el proletariado un verdadero juego de palabras al presentarle como una elección indispensable entre la vil democracia francesa, el zarismo ruso y el imperialismo germánico.

¿Cómo puede un sindicalista presentar y resolver este problema con un criterio idealista y demócrata con el cual se ha manifestado siempre en pugna?

Todo eso no es más que una abdicación. No hay nada en el sindicalismo que pueda explicar una responsabilidad semejante; no hay una razón siquiera.

¿Cómo explicar el fenómeno? Para nosotros no tiene explicaciones.

Mientras nos extraña extraordinariamente el procedimiento de algunos ex *leaders* del sindicalismo europeo, no es para nosotros una maravilla que socialistas y anarquistas apoyen la vil democracia contra el militarismo alemán. Los primeros son nacionalistas, y es lógico que también sean patriotas; los segundos, eternos pecadores en su genio clásico, han vislumbrado en su biblia roja que la democracia es un adelanto político sobre el imperialismo. Estos se jactan, con pueril pretensión, de ser los más puros, los más avanzados, los que tienen un concepto superior de la vida... los inmortales, y luego los vemos en el Uruguay batllistas, en Portugal republicanos, masones en Francia y radicales en la Argentina. Esta degeneración se explica a través de sus cincuenta años de vida, como doctrina ideológica que se asemeja al cristianismo en todos sus procedimientos.

Pero el sindicalismo cuyo valor principal está en que es una filosofía de los hechos, no puede ajustarse a la crítica idealista.

Nadie tiene la virtud de estancarlo; ni la guerra ni las traiciones de sus militantes, pues la condición que lo ha creado existe, vive en la clase donde viene a cumplir con su misión histórica y

BOICOT A LA QUILMES

donde encuentra todos los elementos de su acción.

La clase obrera ha tenido asestado un rudo golpe por esos mismos personajes que pretenden libertarla, y que en un momento de alucinación mental, han declinado miserablemente de su cumbre.

Los emancipadores del proletariado han de grabar para su historia una página de enseñanzas; han de observar, que es preciso dejar los sermones pacifistas del sentimentalismo bastardo en el cual todos se embriagan en un determinado momento, olvidando que sólo la tadora del proletariado sindicalista, pueden crear esa conciencia de clase de los hechos, la acción de la voluntad conquistadores del antimilitarismo y antipatriotismo obrero frente a cuestiones que sólo son de interés de la clase burguesa, con los cuales el proletariado no puede estar de acuerdo por los antagonismos que los hechos generan; que no será por, idealidad de los hombres el cambio del imperio capitalistico sino que por u continua labor de quienes exaltan la voluntad, el heroísmo del hombre de clase como manifestación superior de la vida. En una palabra, por los que consideran que la fuerza es la triunfadora cuando es producto de una inteligencia del genio objetivo de la organización que tiende a suplantar un orden social.

Ante la bancarrota de los ideales igualitarios dentro del régimen burgués, nos afirmamos una vez más, no en una nueva creencia de redención social, sino en la clase que no tiene más que afirmarse en sí misma y considerar que no hay otro porvenir que el adecuado a nuestra capacidad de conquista.

Lo demás, es aventurarse; es obra de apóstoles, de intelectuales al servicio de un ideal o de una política.

La demagogia ha sido funesta para todos, y a pesar que los frailes rojos son los cultores de esta ciencia, dejemos el culto a los valores nulos. Es preciso, más que nada, seguir las huellas del capitalismo que se complica en un problema internacional, al cual el sindicalismo, su verdadero heredero, debe fomentar con la acción del internacionalismo práctico de nuestra clase.

Nadie puede exigir al sindicalismo una fuerza, una potencia que no puede hacerse en ocho años de vida con todos los adversarios que ha tenido, y que hoy mismo, todos esos señores le desean ver muerta toda su virtualidad, mientras ellos, después de cincuenta años de parlamentarismo y demagogia revolucionaria se encuentran enlodados hasta la médula por sus prácticas de oligarquía de partidos bastardos unos, y de sectas los otros.

Todas las cualidades que afirman valores en el sindicalismo, son del mundo de la producción que con varonil audacia declara el odio de clases en esa guerra de dominio sobre el mundo capitalista. Lo demás no tiene mayor importancia, pues bien sabemos que la base real de una libertad es la dominación en el mundo de la producción.

G. GUERIN.

¡Unámonos compañeros!

Inspirado por noble sentimiento, apelo a todas las organizaciones que hoy, despojándose de viejos rencores, supieron olvidar el pasado, estrechando en el presente los vínculos fraternales de clase productora, unidos ycompactos en una sola y única institución. A ellas desearía hacer llegar los votos que hago en la confianza de contribuir, aunque modestamente, a resolver el problema pendiente de los "amarillos".

Este asunto parece a simple vista, difícil de solucionar, pero con un pequeño esfuerzo de buena voluntad, si olvidáramos el tiempo que ya no vuelve, quedaría resuelto, en beneficio exclusivo de la organización proletaria.

Teniendo en cuenta la necesidad imprescindible de la *unión de todos los trabajadores*, a objeto de que surja de ella la *fuerza* que ha de oponerse a la tiranía capitalista, debemos razonar — libres de prejuicios dogmáticos y apasionamientos pueriles — sobre la cuestión.

Algunos dirán que los amarillos han hecho traición a los valientes luchadores de las sierras del Tandil. Esto es verdad. Pero si consideramos que la mayoría, y mucho más que la mayoría de los trabajadores, yacen en la ignorancia, embrutecidos por el egoismo y desorientados por los antagonismos de las varias doctrinas, ideologías y sectarismos; la mayoría, digo, se halla en un estado que no los hace capaces aun de comprender la enorme infamia que resulta el prestarse a ser instrumentos de traición contra sus hermanos de miseria y explotación. No de es dable, en una palabra, aquilatar sus inconsecuentes acciones que dañan al mismo tiempo que a los demás trabajadores concientes, a ellos mismos y con mayor intensidad.

Mis lectores, se preguntarán si me he constituído en defensor de krumiros. Parecerá natural esa pregunta, pero puedo contestarla con los actos de mi vida de luchador, que ha sufrido su parte de persecuciones y ha purgado en las ergástulas estatales su entusiasmo y actuación en las batallas proletarias. No, compañeros trabajadores, no soy defensor de krumiros; tan solo planteo esta cuestión en bien de la unidad sindical de mi clase, y para fortificarla sólidamente, a fin de que ella marche uniforme, formando un solo ejército, a derrotar la ignominia del actual régimen burgués.

Y razonemos sobre los denominados "amarillos". Primeramente, debemos observar si son obreros, o, lo que es lo mismo, si pertenecen a la clase productora de los explotados. Y no es preciso cavilar mucho para descubrir que están hasta en peores condiciones que nosotros, y que el carácter de asalariados, hace posible que surja en ellos un acto de rebeldía.

En segundo lugar, los burgueses de esas canteras, contando con degenerados malos intencionados, trataron de engañar a los obreros fáciles de atraer, con los cuales formaron una organización patronal. No debe haber sido muy rudo ese trabajo de organización amarilla. ¡Hay tantos modos de engañar! ¡Existen tantas cosas parecidas en su forma exterior, que para descifrar su fondo, para clasificar lo bueno entre tanto confusionismo, es necesario que uno tenga completo conocimiento y experiencia de la dura vida!

Hasta en la publicación patrocinada por los explotadores — *¡Despertad!* — cuyo solo título puede engañar a la récua de ciegos que ambula por el campo obrero, con la aparición de artículos aparentemente obreros, pero destinados exclusivamente a combatir la obra de los obreros concientes, se nota la pillería de nuestros enemigos, y la pobreza intelectual de los trabajadores que se dejaban manejar como rebaño. Y de esa manera consiguieron los patrones elemento obrero, agrupado en una sociedad que profesaba el odio a la Unión Obrera de las Canteras del Tandil.

Pero hoy que se está despejando el horizonte; nosotros, que acabamos de borrar las fronteras que nos dividía en bandos hostiles con otros trabajadores, no debemos permitir que esos obreros "amarillos" permanezcan como rebaño bajo la férula patronal y de dos o tres pillos vagabundos. Debemos obrar inteligentemente, atrayéndolos a nuestro seno, donde comprenderán que su puesto no está al lado de sus explotadores, sino con sus hermanos de miseria. Así habremos realizado la obra más grande, demostrando que sabemos maniobrar con perspicacia e inteligencia en beneficio de nuestra clase oprimida.

Este sería el mejor modo de dar un golpe mortal a los capitalistas de las canteras del Tandil y de los talleres de Buenos Aires. Además de restarle la fuerza representada por el núcleo de trabajadores inconscientes que están a su servicio contra la organización revolucionaria, conseguiríamos hacerlos desertar de las filas patronales para engrosar las nuestras, destinadas a la magna obra de liberación proletaria.

Así, pues, compañeros: ¡A trabajar por la *unión!* Los trabajadores de noble corazón: los que tienen *conciencia de clase*, sea de una tendencia o de otra, deben contribuir con sus esfuerzos espontáneos y resueltos, para que la unidad obrera, iniciada felizmente con la concentración del último congreso proletario en este país, sea un hecho grandioso y memorable. Demostraremos que mientras brama el cañón en los campos y ciudades ensangrentadas de la vieja Europa, los trabajadores de este joven país se preocupan en estrechar sus vínculos fraternales. Lo que viene a afirmar la mejor protesta contra la barbarie militarista, por cuanto la unidad obrera sindical, extendiendo sus raíces por el mundo y formando un solo tronco, desplegará mañana su vasto campo de acción, contrarrestando la explotación y el privilegio capitalista con la formidable fuerza y solidaridad de la clase obrera organizada.

¡A la unión compañeros!

Antonio D'AMICO.

EL HOMBRE FELIZ

¿Existe hoy un obrero que sea feliz con su oficio? ¿Feliz por el trabajo que realiza? ¿Un hombre que llorara si la casualidad le obligara a abandonar su oficio? Si la necesidad no forzara a los obreros, ¿cuántos continuarían trabajando? ¿Cuál es el hombre que teniendo con qué satisfacer su hambre y no hallándose sometido a su función al punto de no poder existir sin ella, querría continuar, por puro pasatiempo, su oficio?

Ruego a aquél que se sienta con esas disposiciones, quiera decírmelo. Es preciso que pertenezca a oficios materiales o industriales, sin que esto entienda de mi parte considerar como indignos de mi atención a los hombres de profesiones intelectuales. Los distingo. La cuestión no les concierne, y temería oirles contestar según la apreciación que hubieran podido tener de los obreros manuales.

Hay mucha confusión en el uso de las palabras "trabajo" y "oficio". Oficio no significa otra cosa que la ocupación por la cual se trata de obtener la subsistencia. Existe el "oficio de las letras", el "oficio de ladrón". Me parecería más exacto y recto no emplear los términos "obrero" y "oficio" que en los casos en que hay herramienta y máquina en el trabajo. Obrero se dice de un vidriero desnudo que toma el vidrio de un horno calentado a 1.400 grados y del poeta bien instalado que busca una rima. "Obrero de las letras". Estos dos hombres "trabajan".

No carecemos tanto de vocablos como de intención de ser claros.

Separemos bien esta categoría de hombres que trabajan con sus manos armadas de herramientas, que trabajan en oficios. La copiadora en la máquina de escribir es una obrera de letras, la señora condesa de Noailles no.

No ensalzo ni desprecio categoría alguna. Distingo la categoría obrera. Y formulo esta pregunta: ¿quién, en esta categoría, es un hombre feliz?

Ya lo he buscado un poco y me ha parecido ver, casi en todos los oficios, una imposibilidad para su existencia. Si se reflexiona que ningún trabajo es sano si quiebra el ritmo normal de la respiración humana, ¿contemos cuántos hombres hoy en todas las actividades respiran agitadamente? No sólo en las actividades excepcionales, como en el aeroplano, en el que el vuelo prolongado, y el ruido del motor, traen al hombre extenuado, al cabo de un viaje de algunas horas.

Pero en las cosas usuales: el automóvil, el metropolitano; la celeridad, el ritmo, ¿no se hallan más allá del ritmo normal humano? Y en la fabricación y venta de diarios, en la provisión de pescados frescos? ¡Y cuántas cosas aun más banales son realizadas a la carrera! ¡Y siempre correr más ligero. Corremos demasiado. Henos sofocados. Sin embargo, es necesario habituarse y amar esto, o morir.

En todos los oficios, los técnicos tienden al embrutecimiento del hombre. La industria contemporánea ha agregado al trabajo, además del "deritmo", el ruído y la alta temperatura.

Aun cuando todos los oficios y las máquinas-herramientas serían transformados por el progreso mecánico en inofensivos para el que los conduce o maneja, quedaría para el cerebro humano el peligro de su ruido. En una sala de tejido, una voz no puede ya oirse. El ruido es una gran fatiga.

No es en los oficios donde se sofoca, ni en los de mucho ruido, ni en los que se suda copiosamente, donde el hombre puede sentir el placer del trabajo. No es tampoco en los oficios donde, por el salario establecido por pieza, el obrero vive en la inquietud permanente del valor de su jornada.

Los hombres que están estupidizados por su oficio, son innumerables. ¿Existe un hombre feliz por su oficio?

Pedro HAMP.

DESPUÉS DE LA CONCENTRACIÓN

Permitidme, camaradas, que por medio de nuestro heraldo LA ACCIÓN OBRERA ponga de manifiesto mi más grata satisfacción por el glorioso término que ha tenido el congreso de Concentración Obrera celebrado recientemente, y que ha sabido interpretar con fidelidad el sentimiento de unificación que ha tenido el proletariado confederado desde hace varios años.

Los trabajadores que hemos tenida fija la mirada en este congreso, hemos visto con satisfacción cumplidos nuestros anhelos de concentrar nuestras fuerzas en un solo organismo.

Ahora, después de fusionadas nuestras fuerzas, no creemos que está todo terminado. Nunca más que ahora debemos estar alertas contra todas las asechanzas; contra todos los que combatieron y combaten la unidad del proletariado.

Hemos de tener en cuenta también que, no obstante la sanción del congreso obrero, queda mucho que realizar. Esta corresponde, principalmente, a todos los que constantemente hemos anhelado la unión de los trabajadores y que ahora hemos decidido por el robustecimiento de la F. O. R. A.

Corresponde, pues, empeñar una propaganda inteligente y sana en el elemento obrero, con el fin de reorganizar y despertar a la realidad a los trabajadores que, en ciertas regiones, permanecen desorganizados o ciegos ante los grandes problemas de emancipación y mejoramiento obreros.

Se consolidará esta obra, si para ello logramos borrar todo el pasado de rencores y rencillas que han existido entre los obreros de este país, a fin de que todos unidos en un estrecho abrazo vayamos quitando a nuestro común enemigo, el capitalista, las posesiones que ocupa, hasta por tierra con esta sociedad de parásitos, para después, sobre sus ruinas, formar la asociación libre de los productores libres.

No quiero ser más extenso por ahora: solamente deso dar un fraternal saludo a todos aquellos que han contribuído a tan magna obra, y también a los componentes de la disidta Confederación O. Regional Argentina, que tuvo para los trabajadores, en los momentos difíciles, un gran valor, animándolos y orientándolos por la verdadera ruta que ha de conducirlos a su liberación completa.

¡Viva la concentración obrera, eterna, de las organizaciones sindicales!

Domingo MARTINEZ.

Tandil, octubre 10 de 1914.

La burguesía alemana

A título de simple información aprovecha a las circunstancias que atravesamos y como un excelente retrato psicológico de una nacionalidad que ocupa hoy la atención universal por la contienda en que se halla envuelta, transcribimos los siguientes párrafos de Bakounine, escritos en enero de 1871, y que han sido publicados en el libro *El Imperio Knouto-Germánico*:

"La burguesía alemana no podría vivir sin dueño; ella siente demasiado la necesidad de respetar, de adorar, de someterse a alguien...

Lo que disgusta al burgués alemán no es, pues, el tener que obedecer a un amo: puesto que ese es su hábito, su segunda naturaleza, su religión, su pasión; sino la insignificancia, la debilidad, la impotencia relativa de aquél a quien ella debe y quiere obedecer. El burgués alemán posee en el más alto grado ese orgullo de todos los domésticos que reflejan en ellos mismos la importancia, la riqueza, la grandeza, el poder de su amo. Es así que se explica el culto retrospectivo de la figura histórica y casi mítica del emperador de Alemania; culto surgido, en 1815, simultáneamente con el pseudo-liberalismo alemán, del que ha sido después el compañero obligado, y que debía necesariamente ahogar y destruir, tarde o temprano, como acaba de acontecer en nuestros días.

Tomad todas las canciones patrióticas de los alemanes compuestas desde 1815. No hablo de las canciones de los obreros socialistas, que abren una nueva era, y profetizan un mundo nuevo, el de la emancipación universal. No, tomad las canciones de los patriotas burgueses, comenzando por el himno pan-germánico de Arndt. ¿Cuál es el sentimiento que en ellas domina? ¿Es el amor a la libertad? No, es el de la grandeza y poder nacionales. "¿Dónde está la patria alemana?" pregunta. Y responde: "Tan lejos cómo resuene la lengua alemana." La libertad no inspira sino mediocremente a estos soñantres del patriotismo alemán. Se diría que no hacen mención de ella más que por decencia. Su entusiasmo serio y sincero no pertenece más que a la *unidad*.

¿Por qué diablos estos buenos burgueses alemanes, estos excelentes patriotas alemanes adoran el gran pasado católico, imperial y feudal de Alemania? ¿Encuentran en él recuerdos de poder, de libertad, de inteligencia y de gloria burguesas? No, ciertamente. Pero, entonces, ¿qué van a buscar en los siglos pasados esos sabios burgueses de Alemania? El poder del amo. Es la ambición de los domésticos.

En presencia de lo que hoy acontece, la duda no es ya posible. La burguesía alemana no ha amado jamás, ni comprendido ni ansiado la libertad. Ella vive en su servidumbre, tranquila y feliz como un ratón en un queso, pero ella desa que el queso sea grande. Desde 1815 hasta nuestros días, ella no ha deseado más que una cosa; pero la ha querido con una pasión perseverante, enérgica y digna de un más noble objetivo. Ella ha querido sentirse bajo la mano de un dueño poderoso, fuera él un déspota feroz y brutal, con tal que pudiese darle, en compensación de su esclavitud necesaria, lo que ella llama su grandeza nacional; con tal que hiciera temblar todos los pueblos, sin exceptuar al pueblo alemán, en el nombre de la "civilización" alemana."

LA CRISIS DE TRABAJO EN ESPAÑA

La contienda europea tiene honda repercusión en España. Es talvez de todos los países neutrales el que más sufre de reflejo las consecuencias de la horrible lucha que libran las grandes nacionalidades europeas. Débese esto al retorno de una innumerable cantidad de obreros que se ocupaban en Francia en el instante de estallar el conflicto, muchedumbre de desocupados que ha irrumpido de golpe en la península y que necesariamente necesita alimentarse; y a la inactividad en que han caído las grandes industrias regionales que explotan los capitales ingleses y franceses, las que en su mayor parte han clausurado sus puertas, dejando a millares de trabajadores sin recursos.

La situación, tal como la reflejan los diarios, es sumamente grave y suscita no pocas preocupaciones en todos los medios sociales, pues no deja de presentirse de que la prolongación de tal estado de cosas, puede originar sorpresas inesperadas y desagradables, capaz de turbar profundamente la tranquilidad del régimen burgués y monárquico imperante en España.

He aquí cómo un senador financista del reino, que goza de mucho prestigio por su erudición, describe el estado de los trabajadores industriales en Cataluña:

"Unas horas de permanencia en cualquiera de las poblaciones industriales de Cataluña os dirán más claramente que todos los artículos y estadísticas cuál es la situación de la industria en las actuales circunstancias. Esos obreros sentados, como el árabe, a la puerta de su casa son una fuerza constructiva que se malogra y también una fuerza destructora que nos amenaza. Su actitud meditativa refleja la tristeza interior. Ya no trabajan todos los días: ahora los jornales son alternos; ganan lo justo para no morirse de hambre. Los hay que ya no trabajan; "su" fábrica ha cerrado las puertas; en las grandes cuadras reina un silencio de muerte y la alta chimenea tiene mucho de monumento funerario.

"Esas fábricas cerradas y esas que que trabajan miedosamente, deberían trabajar, noche y día, almacenando sus productos. ¿Qué se espera? ¿Se quiere, acaso, provocar un conflicto de orden interior? Pensemos que esos brazos que inútilmente esperan trabajo, pueden empuñar un arma y entonces es muy difícil, por no decir imposible, arrebatárselas para que la dejen por el telar o la azada."

"EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO"

POR

Víctor Griffuelhes

Uno de los interesante folletos de propaganda obrera que se hayan editado hasta la fecha, cuya lectura será de indiscutible utilidad á los trabajadores organizados.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR: 10 Centavos

10 ejs.: 0.70; 50: 3.—; 100: 5.50.

Pedidos á la administración

LA PRÓXIMA COMUNA... EN ALEMANIA

Con motivo del anuncio de movimientos populares producidos en el interior del imperio alemán, como consecuencia de la gran carestía que engendra la guerra, Carlos Malato escribe en *La Bataille Syndicaliste*, del 19 de septiembre ppdo.:

"Nuestras autoridades militares etudían recientemente el pedido de armamento formulado por el pueblo, temerosas de ver surgir un movimiento insurreccional. ¿Qué queréis? La sociedad actual es tan poco equitativa, sea en la paz como en la guerra, que existe siempre un buen número de descontentos.

Sin embargo, es la idea común de la defensa la que ha reunido y continúa vinculando en estos momentos a todas las energías. Proletarios que no tienen inmuebles que defender contra la soldadesca de Guillermo II dan generosamente sus vidas en defensa de sus ideas.

Recobren, pues, los temerosos su tranquilidad: no siendo las condiciones las mismas de 1870-71, los acontecimientos que entonces se desarrollaron no parecen destinados a reproducirse... en Francia, por lo menos.

Es en Alemania donde, verosímilmente, surgirá el movimiento insurreccional. Por poco revolucionario que sea el carácter germánico, amante del método, del orden y de la autoridad; a pesar de la ausencia de una tradición libertaria o igualitaria en un pueblo que, desde la guerra de los Campesinos de la primera mitad del siglo XVII, no ha sido conmovida seriamente por movimiento social alguno, las circunstancias actuales han de dominarlo todo. Puede preverse que ellas forzarán la obra de los proletarios de allende el Rhin.

No se tratará de agitaciones políticas, en la dirección de las cuales los agentes de la social democracia se han demostrado siempre tan circunspectos. No se tratará ya de los Wolmar de otros tiempos, ni de los Haase de hoy, fantoches que entregan el socialismo al káiser; ni de los buenos apóstoles que van, en nombre de la Internacional, a pedir a nuestros camaradas italianos, nos hagan fuego por la espalda.

¡No! La palabra no corresponderá ya a esos títeres que han concluído por deteriorarse al servicio de la política imperialista. Ella pertenecerá a los sin-trabajo, a los famélicos, y también a algunos que tienen ideas, y que hasta hoy fueron mantenidos como sospechosos o desconocidos, pero que pueden mañana transformarse en los heraldos, o los conductores de una muchedumbre en revuelta.

La alternativa para el pueblo alemán ha de ser esta: dejarse morir de hambre, exhalando su último suspiro en una plegaria al dios de bondad para que conserve la feliz y preciosa existencia de su majestad Guillermo II, o bien, en un ímpetu de rebelión, arrojar las autoridades, apoderarse de los almacenes de víveres y de armas, de todo, en fin, y proclamar el derrocamiento del asesino imperial, haciendo así posible la paz general.

No es éste un sueño místico-revolucionario; es la visión anticipada de una situación de mañana, que es, más que posible, probable.

Sin atribuir, por el momento, una importancia exagerada a los movimientos sediciosos anunciados, que han tenido lugar en Stettin (Alemania), puede verse en ellos el pródromo de una crisis insurreccional, que está latente. Con el estrechamiento de Alemania, por consecuencia del bloqueo que la ha encerrado progresivamente, el hambre acrece, y la revuelta se prepara; talvez un nuevo Reinsdorff que apronta su dinamita; o los Hoedel y Nobling que cargan sus fusiles.

¡Insurrectos y regicidas, serían los libertadores del pueblo alemán, capaces de hacer olvidar a los políticos domesticados y a los transfugas del socialismo internacional! ¡Qué hermosa bandera roja, flotando sobre Berlín, no serían las llamaradas del incendio del palacio imperial."

No resistimos al deseo de hacer notar la visible tendencia de los revolucionarios de los países beligerantes de asignar una misión de revuelta recíprocamente, es decir confiar a los camaradas que forman en los ejércitos enemigos la tarea de provocar y llevar a cabo la insurrección contra el orden burgués. En Alemania, por ejemplo, una de las creencias más arraigadas en el pueblo — que creemos fuera inspirada por los gobernantes interesados en fomentar la confianza en la victoria — fué la de que la insurrección proletaria en Francia estallaría de inmediato y como consecuencia de la guerra con el imperio. Los hechos han demostrado cuán pueril era esta expectativa. Ahora, los revolucionarios franceses — C. Malato y otros de menor significación — profetizan la revuelta de los trabajadores germanos como resultado del hambre creciente que supone agueja a Alemania en la hora actual. No damos mayor trascendencia al pronóstico de Malato, no

obstante considerarlo con naturales reservas, pero no podemos menos de hacer con él una constatación que nos parece útil, y es la de que los proletariados que luchan al servicio de las causas nacionales en Europa, en pro o en contra del imperialismo burgués, en defensa o no de democracias aparentes o reales, no parecen abrigar sentimientos particulares de insurrección contra el régimen burgués; unos y otros, optan por declinar ese trabajo a las agrupaciones adversarias, lo que nos estimula a considerar con cierto escepticismo la labor trágica en que ellos se hallan empeñados en la hora presente.

VIDA OBRERA

Berazátegui

LA HUELGA EN LA CRITALERIA DE RIGOLLEAAU — CONTINUAN LOS ATROPELLOS POLICIALES —

Persisten, animados por el más alto espíritu de sacrificio, en el movimiento que, desde hace ya varios meses, tienen sus obreros declarado al capitalista Rigolleau.

Ninguna decepción, hasta este momento, ha cundido entre sus filas. Todos, como un solo hombre, — en medio de las peripecias consiguientes que una larga paralización del trabajo trae a los hogares proletarios, — llevan grabado en lo más hondo de su alma el sentimiento de la justicia que les asiste en el largo duelo contra la prepotencia de un capitalista, cuya única preocupación es abatir para siempre lo que para los obreros representa su mejor derecho: la fuerza de su sindicato.

La malevolencia patronal no permite comprender siquiera el alto significado moral de esta larga resistencia obrera, e incapaz de combatir con lealtad y espíritu superior a quienes son sus naturales adversarios, busca por todos los medios desleales desbaratar la homogeneidad y solidez de la fuerza obrera cimentada en esta hora crítica sobre un profundo sentimiento de solidaridad de clase.

Los obreros, dignos combatientes, no retroceden, sin embargo, un solo paso. Ellos sobrepasan todas las dificultades que se les ofrece, con una intrepidez y decisión admirables.

En estos últimos tiempos — hemos informado al respecto — cuando todas las maquinaciones patronales puestas en práctica fracasaron ruidosamente, no obteniendo su objeto, las persecuciones policiales que se iniciaron con el movimiento arreciaron de una manera increíble, llegando por fin a verdaderas obras de bandidaje.

Después de los asaltos recientes — cuya impunidad constituyen su gran mérito, — las prisiones y atropellos a todo aquél que se conozca por huelguista, es hoy en Berazategui un hecho normal.

La policía al servicio del señor feudal Rigolleau, amo y señor de Berazategui, está operando como una verdadera banda de forajidos. Ni las mujeres y niños se salvan de sus furias antiobreras, atentadas, sin duda, por la buena coima del capitalista que pagará muy bien a estos sus fieles lacayos.

Hasta cuando, por una necesidad, un obrero va avisitar a algún compañero preso, se corre el riesgo de caer en las redes tendidas por estos señores, como le sucedió días pasados a un compañero que deseaba ver a uno de sus camaradas detenidos.

La policía gobierna en todas partes, bajo el mando superior del señor Rigolleau, metido quizás a suprema autoridad de la localidad.

Los obreros que se ven sujetos a la voluntad de semejante dueño de vidas y haciendas, no desmayan, malgrado los serios obstáculos con que tropiezan en la contienda, cuyo éxito están asegurando con su noble empeño.

Carpinteros

UN TRIUNFO — LA OBRA DE UN TRAIDOR —

El conflicto huelguista que se suscitó a ráiz de intentar el patrón F. Repetto imponer la jornada de 9 horas, aprovechando la enorme desocupación que existe en el ramo en madera, después de quince días de lucha, alcanzó la más completa victoria, obligando los obreros a que se respetaran las 8 horas de trabajo establecidas por la organización.

Varios krumiros se prestaron a servir los planes patronales, pero con todo nada obtuvo en contra del éxito de los huelguistas.

Estos impusieron además su expulsión, lo que trajo como consecuencia el hecho cuyo relato breve hace el siguiente manifiesto lanzado por el sindicato de oficio:

"Después de quince días de lucha los obreros obtuvieron un verdadero triunfo consiguiendo volver al trabajo con la jornada de 8 horas y con la condición de que fueran despedidos los cuatro obreros que durante el movimiento se prestaron a hacer el antipático papel de krumiros. El viernes, dos de esos individuos fueron notificados de que cesaban en sus tareas, recibiendo así el pago de su traición a la causa de los demás carpinteros.

"El mismo día, a la salida del taller, los obreros comentaban el suceso, cosa que exasperó a uno de los krumiros, el cual, desenfundando un revólver, disparó tres tiros contra el grupo de carpinteros, hiriendo levemente en el dedo meñique a uno de ellos.

"El herido, hijo de un fondero establecido a media cuadra del taller de referencia, se dió inmediatamente a la fuga.

"La sociedad de carpinteros recomienda a los obreros en general no visiten el establecimiento indicado, para demostrar en la práctica que nada quieren de los que se muestran acérrimos enemigos de los trabajadores que aspiran a mejorar su condición."

Zapateros

HUELGA CONTRA LA REBAJA DE SALARIO —

Oponiéndose a la rebaja de salarios pretendida por los burgueses Rodríguez, Braceras y Cía., que tienen una sucursal en la calle Boedo 150, todos los obreros en calzado abandonaron unánimemente el trabajo, exigiendo el respeto a los precios anteriores.

Para obligar a los patrones a deponer su intransigencia en el conflicto, estos obreros, considerando la conveniencia de extender el movimiento a la casa matriz, gestionaron ante sus camaradas la debida solidaridad.

Sin mayores esfuerzos y con una espontaneidad digna de ejemplo, los maquinistas, zapateros, aparadores y cortadores de la casta matriz, situada en la calle Mitre 1123, dieron la alta nota de solidaridad obrera, secundando a sus hermanos de la sucursal con el abandono completo de sus tareas.

La huelga que ha logrado interesar a los obreros de los dos talleres de los insaciables tiburones capitalistas que no estaban satisfechos con su ganancia anterior, con la faz que ha tomado, ofrece a estas horas las mejores perspectivas.

Todo hace creer — dado la unanimidad del paro — que la intransigencia burguesa no puede prolongarse mucho tiempo. Como resultado natural, los huelguistas abrigan una profunda esperanza en la victoria final, la que persiguen denonadamente con decidido empeño.

Diariamente, después de vigilar con escrupulosa atención los talleres, a objeto de que nadie se preste a traicionar tan simpático movimiento, los huelguistas celebran entusiastas reuniones en el local de la calle Méjico 3414.

En todas ellas, predomina la profunda persuasión en el triunfo.

Son estos nuestros augurios, con tanta más razón cuanto que él vendría a quebrar una pretensión que, además de ser extemporánea, está fuera de toda lógica, como no sea la del capitalista, fundada siempre en la mayor ganancia, a costa de la mayor pérdida de los obreros.

Federación O. Ferrocarrilera

Cambio de domicilio de la sección F. C.

Comunicamos a las sociedades obreras y a quien tenga correspondencia con esta sección, que en lo futuro deben dirigirla a nuestro nuevo local: calle Gorriti esquina B. Avellaneda, Rosario. — *El Secretario.*

TRABAJADORES DE LA TIERRA

Alcorta

LA OBRA POLICIACA DEL ABOGADO NETRI —

La *Tierra*, el órgano netrista, en repetidas ocasiones se ha preocupado de los sindicalistas y anarquistas de Alcorta.

Según parece, el fracasado Netri tiene un gran sentimiento por la pérdida de su dominio en esta sección. Pero no es esto únicamente.

Las 111 secciones que tenía bajo su férula, ahora han sido reducidas a nueve menos que cero por el retiro de la mayoría, y que tienden a reducirse más con el próximo congreso que tendrá lugar en Rosario. Esto podemos comprobárselo con las cartas que hemos recibido de las secciones contestando a nuestra circular, habiendo ya nombrado los delegados que las han de representar. Sin embargo, la obsesión del *farabute* Netri la constituye la sección de Alcorta que ha venido a minarle su frágil poderío. Tan es así, que don Netri — *defensor de los colonos* — ha denunciado a los colonos de Alcorta a las autoridades; ha hecho perseguir a los huelguistas, y especialmente a los que ya habían estado presos y que habían salido anteriormente en libertad bajo fianza.

El que subscribe es uno de ellos. Pero, no por eso se ha atemorizado y dejado de propagar la organización sindical autónoma y libre de las influencias políticas y burguesas.

En *Tierra*, número 98, el sumo pontífice Francisco Netri, revela su intención policiaca grabada en letras de molde, cuando dice que hay que *eliminar a los peligrosos* de Alcorta, por considerar así habrán dado el primer paso para salvar a la Agraria.

Pero olvida que no será éste el primer paso. Ya hace tiempo con los 65.000 pesos de la organización, que se volatilizaron de la caja central como por un encanto.

También va a dar un segundo paso, con su cooperativa y seguro al granizo, el gran negocio imaginado por la mentalidad comerciante de este sujeto. Pero yo creo que con este nuevo paso — dado con piernas tan cortas como las suyas — no ha de darle ningún resultado.

En el mismo número de *Tierra*, siguiendo su obra policiaca, dice que en Alcorta se han cometido actos de violencias. Como es muy natural, oculta las propias y las del cura, hermano suyo, que anda por las chacras de Alcorta amenazando a todos los colonos que no forman parte de la F. A. A. gobernada por el santo sínodo Netri, que en su calidad de abogado — dice el cura— mandará a todos sus contrarios a la cárcel. Igualmente nada dice de lo que hizo con las 100 familias de Alvear, sometidas a su dominio.

Es muy bueno dejar constancia, que no obstante apelar al cura de la localidad, los colonos saben cumplir con su deber, dando a este traficante de conciencias, la merecida respuesta. Ellos afirman valientemente su decidido apoyo a la Internacional de Agricultores, por medio de la cual, y por vías directas, han conseguido mejores contratos de arrendamientos. Para nada valen las amenazas de prisión, ni las citas de las que yo he sufrido ante los colonos que están muy lejos de atemorizarse. Por el contrario, ellos consideran la prisión, como el mejor agradecimiento a su actividad revolucionaria. No obstante mis 75 días de prisión, y la nueva amenaza contra mío, a los colonos inteligentes, no se les ocultan las estratagemas burguesa, política y frailuna.

Nadie, por todas las amenazas que se hagan; por más inquisición que haya, cederá un solo centímetro en sus puestos dentro de la Internacional.

Esta es una institución que ha dado el primer fruto con la anulación del contrato leonino hecho por la F. A. A. capitaneada por el papa Netri.

¡Viva la Internacional de Agricultores de Alcorta!. — *Francisco Menna.*

Teodolina

Los dirigentes falsarios de la sección Teodolina de la F. A. A. publicaron en el periódico *Tierra* número 97, que el ex miembro del C. C. de la F. A. A. y ex presidente de esta sección, el 6 de septiembre se ha retirado de la asamblea por incapacidad en el desempeño del puesto que ocupaba.

Yo puedo testificar que todo eso es incierto; que cuatro miembros de la comisión directiva presentaron su renuncia lo puedo justificar, como que con ellos se retiraron la casi totalidad de los socios a ella afiliados, debido al sistema burocrático que pretendían llevar adelante en la organización.

Es doloroso confesarlo, pero la injusticia me obliga hacerlo:

Varios miembros de la comisión directiva nunca han podido saber los informes de la sección. Siempre estuvimos ciegos, y solamente se pudo saber que el dinero manejado por los titulados defensores de la causa agraria, sirvió únicamente para fines particulares, como lo demuestra el hecho de haber comprado mercaderías, sin contar el *regalito* hecho al doctor Netri por un discurso hecho a... los paraísos frente al local de la sección.

El jesuita Bernardoni hace acusaciones contra varios miembros de esa institución. Pero no se atreve a hacerlas concretas. Si tiene valentía, puede aprovechar no más la oportunidad que le ofrecemos. — *Scarpa Chica y Cía.*

Carta abierta

Al abogado F. Netri, director del periódico "La Tierra".

En los números 95 al 98 de su periódico se acusa a los militantes de la Confederación de Agricultores, de ser *agitadores profesionales* del anarquismo y sindicalismo que van de acuerdo con el gobierno radical que tiene la provincia.

Al hacer esa manifestación, dice tener *pruebas irrefutables* que no podríamos negar.

La acusación, por mi parte, no me asusta, porque como militante sindicalista puedo decir que la única *coloboración* hecha con los radicales, fué pasar noches de calabozos y horas de plantón conjuntamente con los demás militantes.

Pero su obra insidiosa, desde que lo hemos desenmascarado en las columnas de este periódico, cada día fué progresando hasta tener el cinismo y la poca vergüenza como hombre de leyes de hacer semejantes acusaciones sin *ninguna prueba*, pues si hubiera tenido éstas ya las habría hecho públicas.

Nosotros, siempre hemos acusado a usted y lo hemos desafiado en Alcorta y Firmat, pero nunca ha tenido la valentía de contestar ni aceptar controversia. ¿Cómo pretende que le tomemos en serio esas tonterías, dignas de usted, que desea pescar incautos como esos colonos que se dejan estafar en la comandita de la F. A. A.?

Una prueba de lo infantil de su acusación la puede tener con el informe del ingeniero Jamandi, agrónomo nacional que usted dice es nuestro colaborador. Lea el informe presentado por éste al ministerio, y verá como dicho señor hace culpables de las rebeliones de Alcorta a los miembros de la Confederación; lea ese informe y verá como dicho señor pide leyes represivas contra nuestra organización con el evidente propósito de destruirla.

Respecto a lo de *profesional* tendría usted que demostrarnos qué entiende por tal cosa. Pues no vemos en este caso que usted como abogado pueda llamarnos a nosotros de profesionales.

Los radicales como Vd., candidato fracasado de la política criolla; usted y Jamandi, son para mí los mismos pájaros de mal agüero que se picotean tan solo por rivalidad de ambiciones.

No deseando darle más importancia saludale. — *M. Rigotti.*

CORRESPONDENCIA

Cerro Sotuyo

LEVANTAMIENTO DE LOS CARNEROS —

Llegó el día — ¡por fin! — en que los carneros se sublevaron contra sus pastores. ¡Pero poco hay que fiarse! Ellos han ido a la fuerza, sin voluntad propia, por lo cual poco, muy poco esperamos de todo eso.

El burgués Joaquín Estévez, que tantos ofrecimientos de mejoras y bienestar había hecho a su rebaño, ha sido el causante de que éste se dispersara después de más de dos años de tranquilo sometimiento..

Todas las mejoras ofrecidas por el burgués aludido, a objeto de tener sujeto a su voluntad a cuatro *pobres diablos*, ha consistido en rebajar el salón de 18, que se pagaba en *quei bei tempi* del sindicato a pesos 1.30 el metro, a la cantidad de 1.10. Entoces el material se cargaba en los carros por cuenta del patrón; ahora es por cuenta del obrero.

El trabajo de limpiar las canteras, antes era realizado por veinticuatro peones; ahora tres son los que lo realizan. Si un canterista necesita un *patarro*, el patrón muy lejos de mandar un *patarrista*, le dice que lo vaya a buscar a la herrería y lo coloque él mismo.

Esa rebaja se ha hecho sobre todo al material elaborado de un año a esta parte. Y en adelante parece que la intención era acentuar la disminución de los precios.

A tanto llegó el abuso patronal sobre sus humildes siervos, que éstos se vieron obligados a recurrir a lo que no hace mucho habían traicionado: la huelga.

Antes de declararla hicieron circular una lista donde firmaban la petición y se comprometían ir a la huelga en caso de rechazo.

Entre los que se negaron a firmar, figura el carnero reincidente Iginio Fragoso, que además de sus reiteradas traiciones, aparece como el mensajero de su amo, Joaquín Estévez.

También le acompaña José Estévez, sobrino del patrón, que por seguir la ruta de su futuro suegro, no quiso firmar la lista.

Sin embargo, nada puede esperarse de estos señores. No es posible que de mala cepa salga buen vino.

El triunfo, a buen seguro, corresponderá al burgués Estévez, que tiene el apoyo de los peones y otros esclavos más.

— En la cantera del burgués Piatti, igualmente, los abusos siguen creciendo maravillosamente. Dicho señor, trata por todos los medios de lanzar a sus esclavos a la huelga, pero ellos no se manifiestan a este respecto con ninguna disposición. Son, por el contrario unos grandes adoradores del alcohol.

Se necesitaría para hacerlos levantar, por lo menos, los cañones de sitio que usan los alemanes en sus bombardeos a las ciudades.

— El señor don Vicente A. Mignoli, que también es burgués, aprovechando este año 1914, comete igualmente hechos y abusos imposibles de imaginar. Este fácilmente ha olvidado su pasado reciente de asalariado. En fin, estamos en Cerro Sotuyo en el mejor de los mundos. — *Pedro Freberte.*

Deán Funes

En épocas anteriores, cuando las condiciones favorables de trabajo colocaban al obrero en una situación económica relativamente cómoda, dentro de su miseria habitual, todos demostraban interés y amor por el sindicato, prestando su cooperación franca y decidida, a su engrandecimiento y robustez. Todos parecían tener conciencia plena de su misión, dedicándose con encomiable celo a la defensa de sus derechos e intereses.

En todo momento, los componentes de este sindicato, supieron dar hermosos ejemplos de solidaridad y capacidad revolucionaria, como pudo demostrarlo la última huelga de nueve meses, durante la cual, no hubo una sola traición, y todos supieron mantenerse impertérritos en sus puestos de combate hasta obtener la victoria.

Hoy en día, aunque es doloroso confesarlo, las cosas han cambiado radicalmente. La crisis económica, que más tiene de artificial que de real, además del daño material que ha infligido a los obreros, ha producido en muchos de éstos la corrupción moral hasta el punto de que los mejores luchadores de ayer, son los principales traidores de hoy. Obreros que en otro tiempo se distinguieron por su actividad y perseverancia en la lucha, y algunos que sufrieron persecuciones y encarcelamientos en hologausto a la causa obrera, hoy han doblado la cerviz, sumisos — pasivos ante los mismos patrones que los hicieron encarcelar y que en todo tiempo fueron enemigos mortales de la organización.

Estos mismos obreros, en quienes se ha operado tan brusco cambio, han arrojado una negra sombra sobre su pasado, y han arrastrado por el lodo sus propios prestigios al descender al terreno de la traición y cooperar, aliados con los patrones a la destrucción de la obra realizada durante cinco años de fecundas luchas y de innumerables esfuerzos y sacrificios.

Sería de preguntarles: ¿qué hicieron de ese amor a la organización que en otros tiempos demostrarón y de aquella noble altivez y consecuente actividad que les caracterizó? ¿Qué hicieron del fruto de sus propios sacrificios y del de todos los hermanos de miseria en lucha cruenta y tenaz contra la tiranía y el despotismo de los patrones, para obtener un pedazo más de pan y un poco más de libertad?

¡Malos obreros! ¡Inconsecuentes luchadores! Todo lo han depuesto y sacrificado ante la perspectiva de una mejora personal y la satisfacción de mezquinas ambiciones. ¿Por qué no tuvieron suficiente valor para soportar con sus hermanos la precaria situación que hoy ha impuesto a los trabajadores el régimen capitalista, y porque les pareció árdua y difícil la tarea de iniciar una lucha en condiciones desfavorables, y antes de luchar desde el llano a la par de sus hermanos de miseria, han preferido arrastrarse como esclavos a los pies de los patrones, factores de su propia miseria, mancillando su amor propio, su dignidad y decoro, y presentándose ante sus compañeros como la encarnación de la villanía, de la perfidia, de la deslealtad y de la felonía?

Mientras tanto, pueden seguir aprovechando la actual circunstancia, apoyados en la base del argumento o de la máxima propiamente carneril, que dice: "estando yo bien colocado, ¿qué me importa de los demás?"

Pero como este orden de cosas no ha de ser eterno, y aunque ellos no crean en un posible resurgimiento, día llegará en que llorarán su arrepentimiento con lágrimas de cocodrilo... y entonces, los compañeros traicionados de hoy, serán los jueces.

Por ahora, aun quedan quienes juzgan los actos de estos traidores, y arrojan a su rostro el anatema que tal proceder merece. Aunque no dudo que al leer estas líneas, se encojan de hombro y pronuncien la burda frase propia de todo carnero: ¡a mí que me importa!, en el fondo de sus corazones habrá quedado aún un residuo de noble sentimiento que se rebelará contra tan infames procederes.

Y para que los lectores sepan a quienes me dirijo, he aquí la lista de los carneros que trabajan con el fanfarrón Pozolli que, por lo imperioso y altanero, tiene algo de semejanza con el kaiser de Alemania:

Héctor Valerio, Pedro Benavente, David Pozolli, Antonio Pozolli, Leónidas Cabrera, Stefano Mateichich, Juan Damián, Fermín Neira, Mateo Blasich, Furia, Sbaffi, y otros dos cuyo nombre no recuerdo en este momento.

A beneficio de dos camaradas

En el salón teatro "Concordia", calle Rincón 1141, se realizará mañana, domingo 25 de octubre, a las 8.30 p. m., una gran función y conferencia, organizada por la sociedad "Flor de Primavera", con el objeto de allegar fondos destinados a los compañeros Luis D. Alessandria y Sara Benedetti.

El programa de la fiesta es el siguiente:

Sinfonía por la orquesta.

Drama en tres actos, original de Pedro E. Pico, titulado "Tierra Virgen".

Conferencia por el profesor Julio R. Barcos.

Sinfonía por la orquesta.

Monólogo por el niño Agustín Loges.

Recitación de poesía por el niño Arturo Carrani.

Sinfonía por la orquesta.

Comedia en un acto, titulada "Los distraídos".

Administrativa

Donaciones

Salto Oriental. — Heraclio Gallino, $ 0.65 oro; Angel Madarano, 1; Juan Ales, 1. Total, $ 2.65 oro.

Subscripciones del interior y exterior

Mechita. — Ag. C. Fernández: Agapito Jaureta, octubre, $ 0.50; E. Formani, octubre, 0.50; C. Magatón, octubre a diciembre, 1.50; A. Roca, octubre a diciembre, 1.50; A. Tonelli, octubre a diciembre, 1.50; C. Fernández, octubre a diciembre, 1.50. Total, $ 7.

Montevideo. — Ag. F. Marinelli: A. Zamboni, septiembre, $ 0.25 oro; A. Mariani, julio y agosto, 0.50; F. Marinelli, agosto y septiembre, 0.50; G. Mutilva, agosto y septiembre, 0.50; C. Poggi, julio, 0.25; J. C. Rauqui, septiembre, 0.25; J. Acquistapace, septiembre, 0.25. Total, $ 2.50 oro, o $ 5.75 m|n.

Alberdi. — Ag. A. del Bó: Ernesto Caffa, octubre 1914 a marzo 1915, $ 3; Ernesto Baggini, Octubre 1914 a marzo 1915, 3; Carlos Rossi, octubre 1914 a marzo 1915, 3; Luis Reale Uriburu, octubre a diciembre, 1.50. Total $ 10.50.

Campana.—Ag. Justo Gómez: M. Storloni, septiembre, y octubre, $ 1; Lorenzo Ghigliazzo, septiembre y octubre, 1; José Dopaso, septiembre y octubre, 1; Antonio Mejías, septiembre y octubre, 1; Mateo Laureiro, septiembre y octubre, 1; M. Campo, septiembre y octubre, 1; José Reinonte, septiembre y octubre, 1; Isabelino Ruiz, septiembre y octubre, 1. Total, $ 8.

Salto Oriental. — Ag. Juan Ales: M. Mauro, enero a abril, $ 1 oro; P. Barrio, enero a marzo, 0.75; Olivio Bernacconi, abril a julio, 1; Angel Pastorino, abril a junio, 0.75; Domingo Ballagamba, octubre 1913 a marzo 1914, 1.50; Juan Ales, abril a julio, 1; Sociedad Obreros Albañiles, enero a junio (varios ejemplares), 4.80; Julio Beraza, mayo y junio, 0.50; J. C. Gómez, abril a junio, 0.75; Adolfo Tabalera, julio, 0.25. Total, $ 12.30 oro.